

Entre el barro y la academia

Entrevista a Natalí Incaminato (alias “La Inca”)

Natalí Incaminato, Grupo Luthor

Natalí Incaminato (@LaInca_) es profesora de Letras en la Universidad Nacional de la Plata, en donde hizo su doctorado sobre la recepción de la teoría francesa en la Argentina. Conduce junto a Danila Suárez Tomé y Agostina Mileo el streaming “Noticias de ayer” en el canal de YouTube @Posdata_ar y realiza columnas sobre temas varios en medios como El Destape o Futurock. Es autora del libro Peronismo para la juventud y usuaria intensa de twitter (o “X”).

Esta entrevista fue realizada por Mariano Vilar (MV), pero las preguntas fueron pensadas grupalmente por los editores de *Luthor*.

* * *

Trayectorias marginales

MV: En la mayoría de los casos, la forma en la que una persona proveniente del ámbito de las Letras llega a tener alguna visibilidad por fuera de ese nicho es mediante cierto reconocimiento literario. Es el caso, por ejemplo, de Martín Kohan, o Gabriela Cabezón Cámara, entre muchos otros. Casos más excepcionales son como los de Beatriz Sarlo, que saltó de la crítica al ámbito de los medios masivos. Tu caso es distinto. ¿Cómo fue ese trayecto?

En primer lugar tengo que señalar mi marginalidad en comparación con figuras como las que mencionás. Me parece que mi entrada fue al revés. A partir de la política llegué a hacer algún tipo de “divulgación” de la teoría y de algunas cosas de literatura. Agarré la etapa en la que Sarlo ya no hablaba casi de literatura para hablar de política, y me tocó ese

momento dorado en el que discutía con Horacio González, o las discusiones alrededor de la revista PLANTA. A mí no me interesó participar de esas discusiones concretamente, pero en términos aspiracionales, estaba eso. Y esto es muy generacional: para mí nunca fue primero el libro, fueron primero las redes sociales, twitter, y opinar a través de esos medios en un momento de politización muy alta. Yo ya era graduada de Letras y ya aparecía ahí un tipo de escritura, de estilo. En ese periodo, las redes sociales no eran como las vemos ahora, en donde todos son “creadores de contenido” y todo se puede monetizar. El asunto era mucho más experimental. Creo que fue el momento bisagra en donde estaba toda esa cosa que también aprovecharon muchos críticos como Daniel Link, Josefina Ludmer, ese momento caracterizado desde la “post-autonomía”.

Yo entré un poco después de eso, cuando ya que un crítico escribiera un blog no era revolucionario. Consumía blogs, pero cuando empecé a escribir más en twitter y a escribir algunas notas en medios, eso ya estaba medio apagado. Entonces entro en ese momento donde todavía Twitter era experimental, y estuve muchos años haciendo eso, escribiendo tweets y alguna notita, algún artículo corto, pero siempre más vinculada con la política. Y después llegó el libro (*Peronismo para la juventud*), gracias a Juan José Becerra que me leía en twitter y creyó que ese estilo valía la pena, o las columnas radiales, en donde ya podía escribir ensayos y algún tipo de “divulgación”. Esto empezó a surgir en 2015 y justo en ese momento empiezo el doctorado, a estudiar a los teóricos franceses, un poco de filosofía y todo eso me servía para intervenir pero para hacer algo muy diferente. Creo que lo mío es muy *cualquierístico*. Pero en base a ese caos quise construir una figuración de autor (como hacemos los de

letras). Nunca lo es del todo porque realmente hay algo muy inorgánico y muy de tirar con lo que hay, todo muy *bricoleur*. Es también parte de las condiciones en las que yo produzco, porque me parece que hay menos lugar para que algo más experimental surja. Me parece que el camino de legitimarte a partir de ser un autor consagrado primero, y después ir a las redes y tener esa circulación es también un pasaje que ya no es muy común. Me cuesta pensar en nuevas generaciones que lo sigan, ahora el recorrido es más bien al revés.

Nuestra generación está más vinculada con ese barro digital que es difícil abandonar (aunque haya gente que lo abandonó). Hay todavía crítica en medios gráficos, pero son pocos los que quedan asociados con esa actividad. Al menos eso me parece a mí, aunque quizás es porque termino conociendo solo a los que están en twitter y ese es un problema. También es cierto que no tengo una relación tan cercana con la literatura contemporánea. Voy muy a la teoría y a la política, y a veces termino leyendo más textos sociológicos que literarios. Me pregunto si es un problema. Me alejé un poco de la literatura y a veces vuelvo sobre ella desde un lugar raro o inadvertido.

Pero mi caso (aunque sé que esto es muy figuración de autor, muy fantasmática y delirante, pero bueno, de eso estamos hablando) es muy marginal, muy de los márgenes, porque no estoy cerca del "campo" de la literatura. No hablo específicamente de literatura, tampoco estoy del todo en un campo político, porque estoy alrededor. De todas formas, las cosas que hago están absolutamente marcadas por la literatura, porque es el modo en el que yo leo. Eso es bien sarleano.

Leer la política desde la formación en Letras

MAV: Sarlo siempre reivindicó la idea de que su formación en crítica literaria le dio una mirada propia sobre la política y la sociedad. En

tu caso, ¿cómo pensás que se realiza esa interacción entre tu formación y lo que escribís sobre política?

A nivel “preteórico” creo que es más que nada un modo de leer detenido, si lo queremos enunciar en una categoría, *close-reading*. Una búsqueda de leer entonaciones, tropos y no solo contenidos. Concentrarse en la “forma”. También es un modo de comprender la recepción de esos discursos y de su circulación en toda su complejidad, algo que en Letras estudiamos mucho. Está toda la pata semiológica también, como hace Barthes en *Mitologías*. Y después, las categorías que vienen desde lo teórico. La UNLP tiene una orientación bastante sociocultural y sociohistórica. Mucho Raymond Williams, que lo podés usar para casi todo (aunque como en todo hay buenos y malos usos). Además, yo para mi tesis trabajé con autores franceses como Foucault o Badiou que siempre pensaron lo político, incluso más que lo literario muchas veces. Sarlo nunca abandona la literatura pero Foucault en su momento decidió que eso no le interesaba tanto.

Entonces, desde lo que estudiamos hay un modo de leer y un modo de abordar los discursos, ese arsenal teórico-crítico que te permite no solamente utilizar categorías de la teoría, sino también un modo de abordar los problemas, y un modo también de pensar la retórica.

MV: Volviendo a Twitter, sos célebre como twittera con un estilo propio y elaborado. ¿Lo pensás en relación con un estilo “literario”?

Sí, es un “mal” estilo literario, pero es un estilo que claramente tiene los barroquismos de un Lamborghini, alguna hipálage de Borges, etc. Abuso también de la mezcla de lo plebeyo con algunas palabras alambicadas o determinado uso de la sintaxis. Son experimentos que muchas veces están en línea con la literatura, porque estoy tomando de manera

deliberada determinados estilos o tópicos. Estoy tratando de hacer algo a partir del uso de palabras que solamente ves en los diccionarios o en la literatura. Yo creo que en un momento fui muy autoconsciente de eso y de que era muy parodiable. Por eso también empecé a buscar otros estilos y ya tengo como tres diferentes. Algunos más barrocos, otros menos.

Me parece interesante la cuestión del estilo y en el análisis político no lo ves mucho. O ves que utilizan una retórica muy Carlos Pagni, son todos Salieris de él. Alguno por ahí imita Asís, pero se animan menos. Me parece que al análisis político le hacen falta plumas, gente que tenga un estilo bien reconocible que no está queriendo copiar a alguien. Un caso donde se ve un estilo muy propio es el de Martín Rodríguez, por ejemplo.

Me parece que se pierde algo cuando el análisis político es cada vez más una búsqueda de “pegarla”, de tener una posta o una información que nadie más tiene. El estilo es algo menor. Se pierde ese plus del analista político. Mientras parezca que algo está bien escrito, que produce el efecto superficial de estar bien escrito, alcanza. Pero eso no es la buena escritura para nosotros, los de Letras, la “buena” escritura implica la creación de un estilo. No te digo que vas a hacer “tartamudear la lengua” para hablar de las elecciones de la Provincia de Buenos Aires o “crear una lengua extranjera” dentro de la lengua propia, pero alguna cosa.

Otra clave que viene de Letras es tomar en cuenta seriamente el valor de las ficciones y los relatos. Yo lo pienso mucho ahora con Santiago Caputo, pero fue un tema de discusión con Alberto Fernández. Mucha gente en ese momento había entrado en la dinámica de criticar el uso de las narraciones y los relatos. Es posible que hubiera “malos usos” de la idea de la creación de una narrativa, pero realmente yo creo que esa acusación al kirchnerismo envejeció mal: deslegitimar el control de la narrativa, la ficción y los mitos, y eso es algo que en Letras es lo primero que aprendes. Hasta Jorge Panesi escribe un libro llamado *La seducción de los relatos* en el que habla de estas cuestiones. Por todo esto, volviendo

al presente, a mí no me resulta muy difícil entender qué está haciendo Santiago Caputo. Y no lo digo desde el “Ah, yo la veo”, sino que hay un modo de pensar la política y la persuasión que es muy de nuestro campo.

Estamos en la época más *batallaculturalista* que yo recuerde, y esto es a nivel global. La idea de “hay que dejarse de joder, basta de relato y de batalla cultural y pongámonos a controlar la economía”... bueno, nos quedamos sin ninguna de las dos cosas.

Batalla cultural

MV: Ya vamos un año y medio de la presidencia de Javier Milei y la batalla cultural es una de sus manifestaciones más citadas, al menos en los ámbitos “intelectuales”. Pasado este tiempo, ¿pensás que hay alguna estrategia o táctica superadora para dar esa batalla?

Justamente como tengo esta práctica *bricoleur* en la que voy tirando con lo que hay, hice de todo, entonces no puedo decir: bueno, tal enfoque es mejor. Yo ridiculicé, respondí con las mismas armas en Twitter, hice análisis más conceptuales y comprensivos en otros espacios que dan para ese desarrollo. Me puse a leer *El camino del libertario* de Milei y a refutarlo cuando casi todo el mundo se estaba riendo del fenómeno, con razones por supuesto. Sí creo que hay tópicos o problemas más “efectivos” que otros. A mí, por ejemplo, el tópico de la erosión de la democracia me interesa... pero no sé si es tan efectivo en términos de persuasión. Por ahí es mi sesgo “populista” y peronista. Pero no por eso dejo de darme cuenta que es un peligro concreto y que el recorte de libertades es alarmante, y siendo mujer y feminista una sabe que se va a ver directamente afectada.

Pienso que hay algo clave: no estar en una suerte de defensiva constante y tratar de renovar lo más posible de tus ideas, lo que está muy bien. Yo me resistía a eso, porque primero uno quiere persistir en el ser, y además porque realmente la idea de “renovación” de tus ideas que están en

retirada me parece que puede convertirse en una defección. Si la idea es renovar para que seamos todos libertarios o para abandonar el feminismo porque es piantavotos, a eso me voy a resistir. Pero eso no quita que no vea un problema en que nos convirtamos en un cenáculo en el que somos tres personas en una letanía repitiéndonos lo mismo entre nosotros y sin poder entender por qué el relato de Milei genera adhesión en la sociedad. Esto no es muy distinto de lo que dice Cristina, pero el problema es pasar del diagnóstico (por ejemplo “el Estado funciona mal, necesitamos un Estado eficiente”) a propuestas más concretas, porque ahí nadie tiene la solución mágica.

Otra cosa que me parece que funciona es no entrar en el *bait* y mostrar el procedimiento, algo bien de los formalistas. Si uno puede mostrar el procedimiento con el que baitean, les mojás la pólvora. Me parece que eso es importante, porque si no pasa lo que pasó hasta ahora: todos nos quejamos, pero estamos formando parte del mecanismo y de la operatoria, participamos de un show, del espectáculo diario de Milei. Al mismo tiempo, es casi inevitable, porque tampoco podés hacer como que no existe.

MV: Últimamente he visto bastantes personas de nuestro campo diciendo que la respuesta a la batalla cultural es hablar de los precios en los supermercados y de la inflación en dólares. Es decir, que no hay que meterse en la batalla cultural. No dejo de preguntarme, por otro lado, si es una respuesta razonable. Somos humanistas, estudiamos la ideología. ¿Eso no nos obliga en algún punto a buscar tener un rol significativo en esa batalla?

Yo creo que ahí hay que buscar un equilibrio y elegir las batallas (culturales). Lo que pasó en la marcha antifascista del primero de febrero está bien. ¿Es lamentable que haya pasado eso con esa marcha y no con la de la CGT? Todo lo que quieras, pero también a veces uno tiene que lidiar con lo que hay y lo que tenés hoy es que las grandes insurrecciones son muy identitarias y no tienen que ver con los sindicatos. Bueno, ese es

un problema que tenemos ahora. No podés estar todo el tiempo peleándote con las energías sociales de las que sí disponés. En todo caso las tenés que aprovechar y reconducirlas.

MV: Se da mucho esta discusión con los que defienden un peronismo conservador, como los morenistas. Yo a veces puedo creer que tienen algo de razón, pero no veo que puedan encarnar un sujeto social real.

Tienen esa idea de “me gustaría que la gente que está con Milei esté conmigo y no que estén estos desviados y feministas”. Bueno, pero lo que te tocó es esto, digamos. Si querés ir por otro lado, vas a perder como estamos viendo que pasa, porque la agenda conservadora ya tiene un dueño. No hay lugar para las terceras vías. Para, por ejemplo, conservadurismo cultural pero con nacionalismo económico al estilo peronista. No parece haber mucha posibilidad de que eso triunfe. La propia Cristina por momentos parece buscar ese lugar, pero no lo veo muy probable.

Yo soy feminista y no tengo una mirada conservadora en términos culturales, pero si esa posibilidad fuera real políticamente, estaría dispuesta a bancármela, diría “es lo que tocó, con tal de terminar con ese programa económico”, pero no lo veo viable. Más allá de eso, lo difícil es que los libertarios tienen muchas diferencias internas pero hacen fuerza para el mismo lugar, y nosotros padecemos una lógica depuradora que todo el tiempo señala al otro porque su presencia “resta”.

MV: En el ámbito de la discusión política, quizás por deformación profesional, los que tenemos un trasfondo académico somos de discutir sobre cosas en términos conceptuales y de buscar diferenciarnos porque, por ejemplo, uno usa la palabra “fascismo” para hablar de Milei y otro considera que no es apropiada. ¿Será que la formación en humanidades nos vuelve siempre menos orgánicos, menos funcionales?

Creo que sí. En mi caso, estoy entre dos lealtades, porque por un lado tengo el “es más complejo” en la punta de la lengua. Hago muchos textos y columnas desde ese espíritu, pero por el otro lado también comprendo que la política no es estar todo el tiempo discutiendo si es una pipa o no es una pipa. Las palabras también tienen una fuerza de significación y no significan lo que los estudiantes de Humanidades o los egresados de Humanidades podemos desarrollar. Y eso los libertarios lo saben muy bien: los libertarios sí se la pasan usando las palabras en formas impropias, porque las utilizan como herramientas y como armas en un combate de disputa de sentidos y de control de la narrativa. Entonces, si nosotros a eso le respondemos con una serie de ponencias en un congreso constante, etimológico o intelectual, hay un problema. Estamos siendo buenos intelectuales, pero no sé si estamos siendo buenos contendientes políticos. No estoy planteando una posición antiintelectualista para nada, pero sí me parece que hay que entender esas dos esferas diferentes, con distintas lógicas.

Nacionalismos

MV: Se puso muy de moda estos últimos años, al menos en ciertos ambientes (y en Twitter) la discusión sobre el nacionalismo vs. el globalismo. Yo no tengo el registro de que eso fuera un tema de discusión tan fuerte cuando yo era estudiante o cuando salía PLANTA. ¿Vos te sentís interpelada por esa contraposición?

Me parece que había mucho nacionalismo en “la década ganada”, porque había un proyecto cultural muy delimitado y consciente, con mucha discusión historiográfica (el revisionismo) en una tónica que apuntaba al robustecimiento de la tradición nacional. Lo que pasa ahora se da a nivel internacional, con la crisis de la globalización y el regreso de los nacionalismos, y que tiene mucho que ver con el ascenso de las ultraderechas. Hay como una suerte de sobreimpresión de lógicas, un

ascenso de los nacionalismos a nivel global que pone en juego discursos en alza. Discursos, por ejemplo, eugenésicos, discursos sobre un “nosotros” nacional en un sentido reaccionario, como un *volk* que comparte características culturales pero también biológicas, genéticas. Y eso coexiste con un nacionalismo diferente, que acentúa la soberanía y la protección de los recursos naturales, un nacionalismo más de corte peronista.

MV: Además, está la discusión muy del presente de que el progresismo (o el “wokismo”) es esencialmente globalista (la “Agenda 2030”, etc.) y por lo tanto un lastre del que habría que liberarse. La discusión no es solo sobre la revista *Anfibia* sino también sobre la bibliografía que leemos para pensar la realidad.

Es cierto que las Humanidades y la teoría, o lo que se ha pensado como “teoría”, pero que en realidad era teoría francesa muchas veces leída a partir de su recepción en Estados Unidos, ha tenido un gran impacto para pensar el género y también para pensar lo colonial y lo poscolonial. Es cierto también que varios críticos denunciaron o cuestionaron estas influencias. Pienso en Miguel Dalmaroni, que fue mi director, pero también otros. Hubo efectos globalizadores y un poco complicados con respecto a la manera en la que se imponen los estudios culturales en nuestras universidades.

Ahora, el problema es que todo ese trabajo de la teoría tuvo resonancias en los distintos países, en los movimientos feministas, *queer*, etcétera, porque ya existían personas y causas lesbianas, homosexuales, feministas que incluso tuvieron relaciones complicadas con la “Academia”, aunque en Argentina, tenemos una “Academia” menos elitista que en Estados Unidos por la Universidad Pública y por las trayectorias militantes de muchos involucrados. Pienso que los que más importaron acá la teoría *queer* no son personas que son solo

universitarios. En Argentina las teorías postestructuralistas se usaron de una manera muy libre, muy irrespetuosa, muy irreverente.

Incluso hubo importaciones en el mismo momento en el que se estaba configurando la “teoría francesa” en Estados Unidos. Tuvimos recepciones muy tempranas de Foucault, por ejemplo. Entonces me parece que acusar al feminismo de “globalista” es un tópico conspiranoico, porque también es una forma de no delimitar nada y construir un todo homogéneo que nunca existió. No distingue que hay un feminismo más popular, un feminismo más académico, un movimiento queer más liberal, otro menos, sino que todo entra en la “Agenda 2030”. Las “minorías” excluidas y sus luchas en nuestro país tienen toda una historia, una tradición bien nacional. Generalizar, como si fuera una conspiración woke internacional, es copiar el discurso de Bannon o Dugin, es una forma de querer hablar el mismo lenguaje que habla la ultraderecha de Estados Unidos, de Rusia, de Europa.

Ese tipo de individuos que hablan de la agenda globalista están siendo totalmente hablados por una agenda globalista. Es en todo caso una lucha de dos agendas “globalistas”, una más progre y otra reaccionaria. En esta última no veo un nacionalismo argentino. Veo un nacionalismo globalizado.

Divulgar, comunicar, comprometerse

MV: Estoy al tanto de que estás dando un seminario en la UNLP sobre la divulgación de los estudios literarios ([ver programa](#)). Es una pregunta que siempre existió, pero que también en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA está muy vigente, en parte como una respuesta frente a los discursos que le quitan el valor a lo que hacemos. ¿Cómo pensaste el seminario?

Fue propuesta del departamento de Letras de la UNLP a cargo de Margarita Merbilhaá. Surge, especulo, de una inquietud por cómo

aparece la literatura en la internet contemporánea, con otro tipo de códigos y de lógicas distintas a las de los especialistas. O sea, no es solamente que son territorios que avanzan por sobre un saber especializado y hacen que este saber sea menos legítimo, sino también que a los especialistas les interesa ir a esos territorios. El modelo de mi curso es un seminario sobre divulgación de la Historia que había dado el querido Javier Trimboli.

La idea también es reconocer que hay muchas personas trabajando en crear contenidos sobre literatura y otras de las cosas que estudiamos. Es interesante pensar que la Universidad tiene un rol ahí, no porque todos debamos convertirnos en creadores de contenido, pero sí podemos pensar en el diferencial que puede dar la perspectiva especializada al momento de hacerlo. Entonces, el seminario aborda la comunicación pública de la literatura a partir de una serie de problemas muy típicos de nuestra carrera, como el problema del autor, el problema de la relación entre forma y contenido, el problema del lugar institucional de la literatura, etc. Aparecen debates sobre la cultura de la cancelación, o debates que se dan con casos como el de *Cometierra* de Dolores Reyes o con los tweets de Ariana Harwicz.

Si lo pensás, casos como esos reclaman que vos te pongas a pensar qué es un autor, que te hagas las grandes preguntas de la teoría y que tomes una posición a partir de eso. Y también reclaman una reflexión sobre nuestro rol como personas que participan de esas discusiones. ¿Cómo podés hacer una intervención que sea una intervención crítica, o incluso desde la crítica como arte, en línea con Oscar Wilde o Barthes? ¿Cómo convertirte en un crítico que produzca un texto, un video, lo que sea, que sea interesante para plantear un problema sin una respuesta única?

Los que asisten al seminario muchas veces tienen una relación mucho más fluida con esos fenómenos porque saben lo que es el *fanfiction*, o siguen mucho a determinadas figuras o mundillos. La literatura sigue su vida fuera de la carrera de Letras. Entonces, lo que el seminario quiere

hacer es problematizar estas dimensiones desde las categorías críticas y teóricas que conocemos, y también busca dar respuestas a cómo hacer algo nosotros a partir de determinadas ocurrencias que a mí me parecieron virtuosas y otras que no tanto. Eso implica asumir que lo que hacemos y decimos siempre implica un posicionamiento teórico y ético sobre la literatura.

Diría que la gran enseñanza de Letras es no reducir la literatura. Es el único compromiso ético férreo que tenemos.